

decido en las llamas voraces de un amor verdadero.

Pero ¡ah! Zoraya no analizaba, no, bien el estado íntimo de su corazón propio en aquellos terribles instantes. Su conciencia no veía que las invocaciones tan repetidas é intensas á la religión de sus padres mostraban el recelo y el temor á un verdadero tropiezo en aquellos seductores sitios, y á una verdadera caída en brazos de su antiguo amante. Zoraya se volvía desolada con clamoros luctuosos á los recuerdos vivos de su niñez y á las creencias santísimas de su religión, porque no encontraba fuerzas en la propia voluntad para resistir los halagos y para contrastar las promesas que le ofrecía y le presentaba con tan avasalladoras seducciones aquel extraño moro. No se lo había dicho ella en su intimidad á sí misma, por creer más fuerte la infeliz á su conciencia que á su corazón; pero al salir por el sueño letárgico de las frialdades del haren, donde solo Moraima era querida y adorable, á las tempestades ardorosas y fulgurantes de un amor intensísimo, su alma, sencilla y brillante mariposa, en aquel fuego inesperado se había consumido. Isabel amaba sin desearlo, sin saberlo, sin apenas sentirlo, sin imaginarlo siguiera, Isabel amaba en lo profundo é íntimo de su corazón al moro seductor.

No se lo decía ella misma de ningún modo á sí por temor horrible á convencerse y persuadirse de que sentía irremediamente y por siempre tan criminal amor. Así llamaba los ángeles del cielo y los

santos de la Iglesia y la sombra de sus padres en socorro suyo para que de sí misma la redimiesen y la salvarsen. Y no bastándole con la religión cristiana, invocaba en aquellos combates la noble figura de Illán, y sus grandes sacrificios para que también acudiese á socorrerla y á darle con su socorro las resistencias necesarias contra las seducciones múltiples de su terrible amor. Pero Zoraya confundía los afectos creyendo que con mudarles el nombre, les mudaba la esencia y la naturaleza. En realidad tenía por Illán la gratitud que inspiran los grandes sacrificios y la noble amistad que nace de las estimaciones verdaderas, y de los aprecio profundos. Pero no tenía por Illán aquel amor que le inspirara el moro aparecido en las vías de su vida por tan súbita manera y echado á sus piés con tal y tan grande rendimiento. En el afecto que le había inspirado el enemigo había un amor más ó menos oculto tras su conciencia religiosa; mientras en el afecto á Illán había una intensa y fraternal amistad que su conciencia religiosa quería en vano elevar á las alturas inaccesibles de un amor verdadero. Mientras Illán estaba lejos y se le aparecía circundado con las aureolas de tantos prestigios, entrando en las honduras del alma su imagen por las notas de melancólicos cantares conducida, podía creer que tal amistad se confundía con el amor; pero en cuanto Illán se presentase á Zoraya y ella le viese después de haber visto al árabe á quien deseaba odiar, bien pronto habría de comprender la

esencial diferencia entre aquellos dos afectos diversos. Y Zoraya pensaba en Illán cuando Illán á su camarín se dirigía con aquel gran golpe de gente, que ya hemos en otras ocasiones mencionado, y que le acompañaba en el momento mismo de acercarse á la puerta hermosísima, tras la cual había de ver á su amada.

Ya lo hemos dicho. Una galería bellísima daba ingreso al camarín de la odalisca. En cuanto la puerta de la galería se abrió, apareciendo tras ella Illán, adelantado algunos pasos á todos sus compañeros, salió á la puerta del camarín Zoraya, que pudo ver al punto á su compatriota y al punto también por su compatriota ser vista. Un grito en el cual miles de afectos iban contenidos y encerrados salió del pecho de Zoraya; y otro grito no menos espontáneo ni menos cargado á su vez de recuerdos y esperanzas también salió del pecho de Illán, asemejándose uno y otro á esos píos lanzados por las aves marinas en medio de la tempestad sobre los hirvientes oleajes. Illán retrocedió en el instante mismo de ver á Zoraya y dió á sus gentes la orden de no pasar tras las hojas de tal puerta. Cumplieron los soldados árabes la consigna con matemática exactitud, é Illán se dirigió fuera de sí hacia donde Isabel estaba, y cayó rendido por el grave peso de tanto placer á sus piés, sin poder apenas articular una sola palabra por el espasmo casi epiléptico de su natural alegría. Zoraya, por su parte, sintió renacer á la vista del joven que se había sa-

crificado gustoso en aras de su nefasta estrella y convenídose y conformándose por su causa con voluntario cautiverio, sintió decíamos el puro y fraternal afecto nacido en el hogar antiguo y dotado con todos los caracteres de una grande amistad engendrada en el seno de su rota y dispersa familia. La patria, la religión, el rey ausente, los pueblos cristianos, las legiones defensoras del señorial palacio, las almenas y torres de este antiguo nido en que su corazón se criara, aparecieron realmente á los ojos de Zoraya evocados por la presencia de Illán. Los sentimientos de uno y otro joven, pues, eran bien claros y se manifestaban con toda verdad en sus sendas actitudes. Illán, al ver á Zoraya, veía el objeto único de todos sus deseos; mientras Zoraya, viendo á Illán, veía tan sólo el recuerdo austero de su fenecida familia. Pero llevados uno y otro joven por estas ideas mutuas y por estos mutuos sentimientos no supieron decir palabra ninguna sino después de haberse uno á otro largamente contemplado.

—Creo soñar.—Dijo Illán rompiendo primero el silencio.

—Sueño único de felicidad tras tantos días de amargura.

—Mas todo cuanto hemos padecido se puede dar por bien empleado al arribar tras los dolores de ayer á este increíble instante.

—¡Cuánto, Illán, habrás padecido en tu mazmorra!

—Sí; he padecido mucho, pero daba por buenos

mis dolores aguardando siempre la suprema hora en que debía llegar á mis oídos el eco de tu voz y el acento de tu guzla recordándome la religión y la tierra de nuestros difuntos padres.

—Imagínate Illán por tu corazón el mío; imagínate con que anhelo aguardaría yo todas las noches tu canción semejante á una plegaria que me recordaba el culto de la niñez y me reconciliaba todos los días con Dios á la hora de dormirme.

—Y además debía recordarte Isabel que un corazón palpitaba por ti en los abismos poblados de dolores terribles y que hasta ti subía un amor consagrado á idolatrarte por toda una eternidad y que no puede acabarse ni extinguirse como no se acabe y extinga el alma, quien do quier esté, ha de ser eterna y ha de guardar por tanto en sus senos este inmortal y cuasi divino afecto irrevocablemente unido á toda su vida como verdadero sér y esencia del sér.

—Illán,—dijo Zoraya un tanto azorada y triste al ver aquella pasión ardiente y que se compadecía poco á la verdad con el afecto sencillo y tierno sentido hacia él por ella,—Illán cuéntame cómo has venido á este sitio.

—¡Oh! Me llamas, Isabel, ahora el pensamiento hacia el extraño lugar donde te veo. Yo mismo no sé cuánto ha pasado por mí ni sabría decírtelo. ¡Qué ropajes tan esplendentes; qué joyas tan ricas! Cualquiera diría que no sierva sino reina eras en Granada.

—¡Oh!—dijo Zoraya.—Cree que yo misma no puedo explicar cuanto ha pasado por mí; cree que, después de haberlo experimentado, ni lo alcanzo ni lo entiendo. Debe ser como decías antes, debe ser un sueño.

—Precioso camarín,—exclamaba Illán,—preciosísimo; con sus paredes bordadas indudablemente por huríes como dicen los poetas, y dicen verdad, porque sólo manos celestiales y fantásticas pueden tender estas grecas de colores en el frío estuco, y bordar con estas líneas geométricas las aéreas alharacas.

—Si; todo aquí habla del placer.

—¡Oh! No me lo recuerdes; no quiero pensarlo. Esos bárbaros te habrán creído vil instrumento de sus goces y.....

—¡Calla Illán! No insultes así la sangre que llevas en tu cuerpo, y la religión que llevas en tu alma. Si tu Isabel hubiera perdido la integridad inmaculada y santa de su pureza entre los brazos de un árabe, no viviría como vive ahora en tu presencia, porque la hubieran aniquilado sin remedio el dolor con la vergüenza y estaría en el otro mundo al lado de sus padres.

—¡Ah! Lo creo, Isabel. Si no lo creyera, tampoco viviría yo en este bajo mundo. Sé que tu vida y tu honra van juntas, y sé que no pueden un punto separarse.

—Todavía tengo para mi defensa, los hábitos varios en mi juventud adquiridos; todavía sé comba-

tir en las luchas tremendas de nuestra existencia y contrastar con algún esfuerzo los decretos irremisibles del destino. Y á todo estaba resuelta, menos á perder mis creencias en los infieles templos y á perder mi honra en los musulmanes serrallos.

—Lo sé Isabel; y ni un punto he podido yo dudarle, que la duda tan solo hubiese acabado conmigo. Lo sé. Cuando abandoné la patria para seguirte y troqué una libertad cierta por un terrible cautiverio, sabía que ganaba el amor de tu corazón, premio debido á mi constancia; y que tú, cristiana, en la costumbre de ver á nuestros padres unidos y pareados como las palomas del cielo, no habías de resignarte jamás á entrar profanada y poluida en familias que se parecen á los perros y que sólo sienten y poseen animales y bajos instintos. Así es que jamás he temblado por tu pureza sabiendo que sólo podrías perderla con la vida; y aunque por ti he sentido mucho amor, no lo he acompañado con los celos.

—Encerráronme así que llegué á mi cautiverio en la torre de Comares adscribiéndome á las mujeres de Boabdil; y así he pasado mi cautiverio sin que mortal ninguno me requiriera y hablara de amores.

Como verá quien leyere, Zoraya decía la verdad, pero una parte de la verdad no más. Era cierto que nadie la requirió de amores en el serrallo de Boabdil, mas también cierto, que una vez fuera de tal serrallo, habíala requerido un árabe, cuyo nombre

ignoraba ella, pero cuyo afecto no, afecto que ocultaba con sigilo á Illán por no amargar indudablemente con aquella nueva terrible las grandes satisfacciones de su gozosa entrevista. Illán por su parte, como el amor le poseía todo entero y á este amor acompañaba una ciega confianza en la virtud y en el cariño de Zoraya, tan seguro de ella como de sí mismo, no sentía ni celos ni recelos, no sospechaba siquiera que pudiese aquella rosa bellísima ser arrancada del rosal de su virginidad por mano que no fuese su mano, y esta misma jamás á tanto se atrevería sino despues de ungida y consagrada por la Madre Iglesia que da el sello de un sacramento á los puros y eternos amores. De consiguiente, ni por la imaginación le pasó indagar la causa y motivo de hallarse en habitaciones distintas al palacio y retiro de Aixá y Moraima en aquellos momentos. Llegado á la presencia de Isabel en alas de los tumultos granadinos sólo pensaba en los medios de ponerse pronto en cobro y ganar la frontera de los reinos cristianos, acompañado de la cautiva libre ya del cautiverio por las industrias de su inteligencia y los esfuerzos de su brazo. Así, pues, con la celeridad propia de los hombres en quienes dominan las artes de la acción, púsose á escudriñar el sitio donde se hallaba y á ver cómo tenía que arreglárselas para salir de aquel intrincado laberinto. En efecto, nada tan propicio á sus planes y tan feliz en su vida como liberar á Isabel de aquella cautividad, y llevársela por

los campos granadinos al arruinado castillo para de nuevo recomponerlo y comenzar de nuevo á la sombra de sus altos soberbios torreones la titánica lucha con aquellos hijos del Profeta, cuya debilidad, aumentada por las contiendas diarias, no podía resistir mucho tiempo al bravo empuje castellano. Si el buen Illán no estuviera embargado por completo con el pensamiento y el propósito de redimir á Zoraya y de alcanzar nuevamente la patria, notara cómo aquella mujer, á quien quería con tanto amor, no participaba de sus ardores y no ponía en sus proyectos el concurso reclamado por las supremas circunstancias. Mientras Illán escudriñaba como hemos dicho aquel sitio, y veía los caminos más cortos y más fáciles para de su seno ahuyentarse, Isabel pensaba en otras cosas indudablemente, requerida por otros afectos incomprensibles á su inteligencia, pero de fuerza é imperio incontrastables sobre su voluntad. Illán por el contrario, juzgaba de Isabel por sí mismo, y no comprendía de ningún modo aquella extraña situación.

Y sin embargo, nada tan fácil de comprender como que Illán deseaba partirse inmediatamente, aun á riesgo de faltar á la conjuración urdida con sus compañeros árabes, la cual poco le importara después de haber encontrado á Zoraya; mientras Zoraya con toda su religión y todo su patriotismo y todo su deseo de volver al hogar paterno fundado y bendecido por la familia, persistía en quedarse allí aun á riesgo de que nuevamente la encontrara

el misterioso moro y la requiriera de profundos y vívidos amores. Illán, que veía la tierra y la vida y los hombres y las mujeres por el prisma de su imaginación bienhadada y de sus honrados sentimientos, no podía ni sospechar siquiera en Zoraya el deseo de quedarse allí donde le faltaban su Dios y su patria; mientras Zoraya, si por lo que tenía de católica y por lo que tenía de noble y por lo que tenía de castellana, hubiera corrido tras Illán al descorrerse como se describieron por mano de este los cerrojos de su prisión; por lo que tenía de mujer allí se quedaba fija y absorta en el pensamiento y propósito de aguardar al moro sin que lo comprendiera ella misma en el fondo ni quisiese creerlo. Parecíale, si examinaba su conciencia en estos rápidos juicios inspirados por circunstancias supremas, que lo natural y justo y lógico y honrado y religioso era irse para volver en armas con los suyos á tomar desquites seguros de tantos vejámenes horribles como los vencedores habían á su persona y casa y hacienda infligido; pero lo cierto es que una fuerza material incontrastable, invencible, superior á su conciencia y á su juicio, la retenía en aquel sitio donde algunos días antes no se hubiera parado y detenido ni un solo minuto. Imagináos que no sucede aquel encuentro con el amante rendido que tales cosas de amor le dijera, y Zoraya imitara las avejillas que presas en áureas jaulas, entre arbustos floridos y surtidores susurrantes colocadas, con toda suerte de pródidos alimentos mantenidas, por labios de

rosicler halagadas, mecidas con suaves canciones y sonatas, bajo techumbres parecidas á cielos del Asia en serenas noches, respirando aires perfumado, en cuanto les abren la salida que conduce al movimiento y á la libertad abren sus alas, despiden sus gorgoros más dulces y toman el cielo azul infinito con vertiginosa celeridad, sin acordarse de los bienes dejados en su prisión, y mucho menos de los peligros corridos ya otras veces en la inmensidad vaga y celeste del aire. Así hubiera procedido, como tales avecillas Zoraya, días antes del sueño último y de la procelosa entrevista con el moro enamorado y reverente. Pero al llegar Illán y prometerle su libertad, aceptándola, queriéndola, no ponía todo el empeño necesario en realizarla y presentaba dilatorios argumentos que acaso podían impedirle. Y en efecto, al otro lado, lejos de allí, en otra torre separada por patios y cármenes acontecía la escena que vamos á referir, íntimamente unida y enlazada con la escena que ahora hemos referido.

CAPÍTULO IV.

Así como las gentes mandadas por Illán habían llegado hasta el cuarto de Zoraya, las tropas mandadas por Gezar habían llegado hasta el cuarto de Hacem. Ya hemos dicho la resuelta y noble actitud tomada por el Sultán granadino en tan supremo trance. Lejos de ocultarse, como hubiera hecho un cobarde, por los diferentes subterráneos de su palacio, irguióse con verdadera soberbia y aguardó á los tumultuados con verdadera tranquilidad. Sabía que desguarnecido el palacio de tropas suficientes á contrastar aquel aluvión caído sobre su corona, solamente le quedaba un recurso de salvación posible, la superioridad intelectual y moral que dan sobre amotinados y tumultuarios el valor propio y la confianza en el ejercicio sereno y resuelto del poder que da una eficaz autoridad. Si vuelve la espalda ó corre, lo rematan; pero, retando al tumulto y sobreponiéndose al peligro, podía esperar con razón